



**LEONARDO POLO**

**UNA BREVE SEMBLANZA DEL MAESTRO Y AMIGO**

Juan Fdo. Sellés

***1. Siempre disponible***

Estimo que Leonardo Polo no ha sido para mí solamente un maestro, sino también un amigo, porque si el fin de la docencia es trabar amistad con el discípulo, en mi caso se ha alcanzado el objetivo.

La puerta del despacho de D. Leonardo siempre estuvo abierta a profesores y alumnos que quisieron preguntarle cosas, e incluso a curiosos que deseaban conocer al personaje, al “bicho”, como él decía de sí mismo. Lo mismo la de su casa, cuando la jubilación y la merma de condiciones físicas no le permitieron seguir en activo en la Universidad de Navarra. Podrían haber estado con él más tiempo quienes hubiesen querido, o hubiesen encontrado oportunidad, pero ya se sabe, el ritmo acelerado de la vida, las cargas y gestiones laborales cada vez más exigentes, etc., no pocas veces lo habrán impedido. Muchos profesores jóvenes y menos jóvenes que le deben mucho no pudieron visitarle en los últimos años de su vida. Con todo, Polo jamás quejó al respecto.

Desde luego, Leonardo Polo ha sido mi mejor maestro desde 1983. Pero, como hemos tenido la oportunidad de estar juntos tanto tiempo durante sus últimos años, se puede hablar de amistad a pesar de los 35 años de edad que nos separaban. Nunca le dejé de hablar de usted y de tratar con respeto, pero no hubo día de los que trabajábamos juntos en su casa sobre viejos papeles en que no nos riésemos, a la par que pensásemos algo serio, ninguna sesión en que no nos tomásemos el pelo a la vez que nos ayudásemos filosóficamente uno a otro. En lo arduo como en lo sencillo, sintonizamos. Tal vez nos uniese el aprecio por las cosas de fondo junto con el ‘pasar’ –como de ordinario se dice– de las formas; tal vez nos hayan acercado sucesos similares que nos han acaecido a lo largo de la vida académica; acaso el sentirnos bastante niños; quizá el humor, o cualquier

otra cosa... ¿Es eso amistad?, ¿sólo deferencia de maestro a discípulo?, ¿ayuda mutua?, ¿asuntos comunes entre patentes distinciones? Sea lo que fuere, lo pasamos confidencialmente muy bien: ¡felices! Con mucha paz y sencillez, como vivía Polo y como han tenido ocasión de comprobar multitud de profesores y alumnos que le visitaron los últimos años<sup>[110]</sup>. Desde luego, que lo que precede fue un mérito de Don Leonardo, pues también en el pasado –y a pesar de las netas diferencias prácticas y teóricas– supo congeniar y trabar amistad con colegas de planteamientos o escuelas filosóficas tan dispares como Antonio Millán Puelles, Juan Cruz, Jesús García López, etc.

Polo tuvo muchos discípulos, de primera, segunda y tercera hora; y discípulos de sus discípulos al final de sus días. Ha dedicado mucho tiempo a muchos de ellos, como los primeros años de conversaciones con Ignacio Falgueras, de correcciones de *Teoría del conocimiento* con María José Franquet, Fernando Múgica, y de otros textos con Ricardo Yepes; centenares de horas de grabación con Jorge Mario Posada sobre temas muy dispares; otras tantas de redacción de la *Antropología trascendental* con Salvador Piá, etc. Algunos hemos podido asistir de modo libre a gran número de sus cursos (de licenciatura, doctorado y otros) y esto en diversos países. Pero tal vez sea al que suscribe a quién más ratos de trabajo, descanso, distracción, de charlas personales haya dedicado Polo en los últimos años, y el que le haya escuchado muchos comentarios personales de fondo. Por eso, aunque sin mérito propio, puedo aportar algunos recuerdos que –entre la amistad y lo académico– sirvan para perfilar algunas facetas del personaje.

## **2. Un personaje nada normal**

Rememorando unas palabras de la patrística, “ahora deseo recordar lo que hay de más divino en este hombre, lo que por naturaleza se asemeja en él a Dios, encerrado bajo la apariencia humana, y, sin embargo, que tiende con violencia por asemejarse a Dios”<sup>[111]</sup>. Para Polo, del carácter de “además”, que caracteriza al núcleo de la persona humana, no se puede decir que, en sentido estricto, esté hecho para “crecer”, porque es ya un insospechado ‘desbordamiento’ por naturaleza, un constante añadirse que va a la caza del ser divino, sin el cual es inexplicable. Debido a esa vinculación nativa con Dios, de las personas humanas, sin que de los hombres sean Dios, se puede decir que son “dioses” –como sostenía Polo recordando el texto evangélico<sup>[112]</sup>– (aunque no pocos se empeñen en perder progresivamente el ser personal, hasta el punto de que al cabo de sus días terrenos lo logren, y por siempre). Son tan nativamente afines a Dios las

personas humanas que para ellas Polo no veía suficiente hablar de ‘creación’, pues existen realidades entre Dios y lo creado irreductibles a ambos (ej. las ideas divinas).

Pues bien, en lo que sigue se intenta indicar que Leonardo Polo es seguramente un pensador cristiano especialmente divinizado, hasta el punto que su vida y obra es difícilmente comprensible sin tener en cuenta ese endiosamiento o don divino<sup>[113]</sup>. Desde luego, nunca se opuso a la doctrina cristiana, sino que conociéndola con profundidad, puso –como aconsejó Juan Pablo II a los teólogos<sup>[114]</sup>– las bases en filosofía, especialmente en antropología, para que ésta sintonizara más con ella<sup>[115]</sup>. ¿Es un pensador cristiano, como Kierkegaard o Marcel? Es un pensador ‘demasiado humano’, pero no según el significado nietzscheano de la expresión, sino tomando ese adverbio denotando profundidad en lo nuclear de lo humano; y es un ‘pensador cristiano’, porque no separa su conocer natural del sobrenatural que le otorga la fe, pues para él hubiese sido necedad tirar por la borda cualquiera de estos dos modos de conocer que se le han concedido gratuitamente. Genialidad en el conocer humano, y también en el de fe. Pero –como todo genio– ha sido bastante incomprendido por los que se consideran profesores ‘normales’, o por los filósofos que prefieren manifestar en su filosofía una actitud aséptica respecto de la fe.

En efecto, Polo ha sufrido no pocas incomprensiones teóricas y prácticas, envidias universitarias e incluso persecución académica hasta el punto de que algunos directivos lo expulsaron de su Universidad, de esa Facultad en la que él fue el primer profesor. Además, tras su vuelta a dicha sede años después, otros directivos también desearon, e incluso intentaron, expulsarlo de ella. Su respuesta, ante esas actitudes fue siempre ponerse al margen, callar, olvidar, perdonar, seguir construyendo según la luz divina recibida, y aconsejar por esos derroteros a los que le preguntaban y sufrían tales reveses. No hace falta ser muy perspicaz para advertir que esto denota humildad. Si, según la *Sagrada Escritura*, donde hay humildad hay sabiduría<sup>[116]</sup>, tal vez se entienda desde este ángulo por qué el pensamiento de Polo es tan profundo. Humildad de niño pequeño, como han visto en él los profesores y alumnos que últimamente le han visitado en su propia casa, pero doctrina de gran filósofo, y por encima de ello, de teólogo, como lo muestra su último trabajo<sup>[117]</sup>.

Desde su enorme capacidad y altura cognoscitiva, otro podría haber despreciado multitud de posiciones filosóficas endeblés o erróneas de quienes han sido sus colegas, alumnos, interlocutores. Pero, lejos de adoptar esa actitud, ha atendido a esas posiciones ajenas, intentando rescatar lo mejor de ellas –en

todos los pareceres hay parte de verdad, y esa parte hay que rescatarla', decía-, al igual que interpretaba siempre '*in melius*' cualquier hipótesis filosófica habida en la historia del pensamiento occidental, por ínfima o equivocada que fuese. Así le hemos visto proceder –e incluso reprocharnos una crítica apresurada–, por ejemplo, con la teoría del conocimiento de Kant, con el sistema hegeliano, con el materialismo de Marx, Nietzsche, Frege, con el existencialismo de Heidegger, etc. Al pensador que más admiró –el Filósofo por antonomasia– fue, sin duda, Aristóteles, pues declaraba que todos sus cursos son de inspiración aristotélica. Además, sin él los grandes de la cúspide medieval –la más alta de la historia del pensamiento occidental, según Polo<sup>[118]</sup>– y de otros tiempos<sup>[119]</sup> no habrían alcanzado las cotas que a que llegaron. Por el contrario, el menos elogiado por él –debido a su actitud de copia imaginativa– fue Sartre.

En cuanto a la sintonía con su método filosófico, de entre los pensadores del s. XX, el que más había detectado lo que Polo llamaba "límite mental" y más se había esforzado por abandonarlo, era –según él– Bergson, y el que menos, Zubiri. Respecto de pensadores modernos, Polo decía que el más serio fue Hegel, y el menor, seguramente Marx, porque el materialismo siempre es la posición teórica más débil. Y del siglo XX, la corriente de filosofía más seria es –según él– la *fenomenología*, y la más débil, el *pragmatismo*, de finales del XX y de comienzo del XXI, sin duda, la postmodernidad, una especie de esteticismo culturalista con el que Polo no se dignaba discutir. Prestaba más atención a los pensadores mejores, los más profundos, aunque estuviesen equivocados. Connaturalizarse con los grandes –dejando al margen los de segunda fila– tiene la ventaja –decía– de intentar ponerse a su altura y superarlos. En efecto, Polo trabó contacto con las obras de los más encumbrados pensadores de todos los tiempos<sup>[120]</sup>.

### **3. Una filosofía singular**

La redacción de su filosofía es compleja cuando él escribe para sí o para quienes le siguen de cerca<sup>[121]</sup>, pero sus exposiciones son fácilmente asequibles por parte de un amplio auditorio cuando se hace asequible a él. En efecto, se ponía a la altura de sus interlocutores. De ahí que tengamos tan variopinta documentación que oscila entre tratados bien difíciles de comprender a libros de divulgación para alumnos de primeros cursos, pasando por cursos y charlas dirigidas a un determinado sector profesional como directivos, empresarios, profesores de colegios, etc. Como es sabido, la mayor parte de su obra responde a cursos por él dictados, luego grabados y transcritos, primero por María José

Franquet, luego por otros, y después corregidos, anotados, divididos en capítulos y epígrafes, tarea en la que han colaborado Juan A. García, Ricardo Yepes y otros.

Al inicio, Leonardo Polo publicó algunos libros (*El acceso al ser, El ser I, Evidencia y realidad en Descartes*, aunque queda de aquella época algún escrito todavía inédito), tal vez porque fuese animado paternalmente a ello<sup>[122]</sup>. Pero al no encontrar eco sus primeras publicaciones –de seguro debido a su dificultad– dejó de escribir por temor a no ser entendido, o incluso malinterpretado<sup>[123]</sup>. Aunque sin duda sus colegas se dieron cuenta de que estaban ante un singular ‘maestro’ –así le llamaban–, seguramente no entendieron las claves de fondo (como alguno de ellos públicamente ha confesado, y como hemos podido comprobar ya desde que éramos sus alumnos por las preguntas o intervenciones de éstos a Polo en los diversos seminarios del Departamento de Filosofía). Con todo, Leonardo apreciaba mucho sus observaciones. Y es que su filosofía no es clasificable dentro de una determinada escuela de pensamiento. Tal vez baste decir que se halla dentro del *realismo*, pero no entendiéndolo como una pieza de museo petrificada, sino vivo, floreciente y sobre todo, inconforme con las altas metas alcanzadas antaño.

De silencio editorial transcurrieron dos décadas hasta que en 1994 María José Franquet, tras grabar su primer curso de *Teoría del conocimiento*, lo transcribió, se corrigió y se envió a la prensa. Desde entonces han sido unos 40 los libros publicados por este sistema, así como otros muchos escritos aparecidos en red (en la web del IEFLP). Con todo, el número de inéditos es grande, y el de cintas a transcribir, ingente. Sin embargo, debemos lamentar que otros muchos cursos se hayan perdido o, por lo menos, carecemos de momento de documentación. Muchos de los colegas de otras Facultades de la Universidad de Navarra guardan gratos recuerdos de los seminarios que impartió Polo en sus respectivas sedes, pero, aunque recuerdan el tema en cuestión, la mayor parte del contenido se ha borrado lastimosamente de sus memorias.

¿Qué supone en filosofía Leonardo Polo para nuestra altura histórica? Seguramente un gran favor, pues se trata de una prolongación de los hallazgos más importantes del pensamiento clásico griego y medieval, así como de una rectificación –tras aceptar el reto de las propuestas– de los puntos capitales de la filosofía moderna y contemporánea. Como es obvio, esa visión, a la par sintética y elevadora, no es usual en los últimos siglos, y menos en los tiempos que corren, en los que dominan temas y métodos bien estrechos, distintivos de las diversas escuelas, así como un último pensamiento que, más que débil, parece decadente. ¿Qué es, pues, Polo para la historia del pensamiento? Seguramente un don de Dios adecuado a nuestro tiempo, pues soluciona la problemática

moderna y reciente a la par que abre los logros antiguos y medievales a nuevos desarrollos futuros.

#### **4. Trabajo y colegas**

De su trabajo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, se puede decir que anduvo demasiados años en solitario, es decir, sin coincidir con el perfil e intereses de los demás. Tomemos en consideración algunos ejemplos. A pesar de su palmaria divergencia con la teoría del conocimiento impartida por Alejandro Llano, ésta le sirvió a Polo de estímulo para sacar a la luz nada menos que los cuatro volúmenes de su *Teoría del conocimiento*, cuya envergadura en esta área de la filosofía no sólo es indiscutible, sino que marca un antes y un después. De Rafael Alvira, Polo prestó mucha atención a lo que aquél decía sobre Platón, y especialmente sobre la voluntad, aunque D. Leonardo prolongue en el plano de la intimidad humana lo que aquél buscaba en esa potencia. De Ángel Luis González a Polo le sirvieron sus exposiciones sobre Nicolás de Cusa, Leibniz, etc., y admiró también en él su capacidad directiva y coordinadora de trabajos (“cada unos se emplea para lo que sirve” decía), así como el que –sin conocer bien el pensamiento poliano– hubiese tomado las riendas de publicar paulatinamente los escritos de Polo. También estuvo agradecido a los demás profesores de la Sección de Filosofía que –jóvenes o menos jóvenes– impartieron seminarios, defendieron tesis doctorales a las que se le invitaba a formar parte del Tribunal, o hablaban con él, conversaciones de las que Polo –buen escuchador– aprendía y las usaba para perfilar mejor sus propios hallazgos. Y asimismo a muchos alumnos, que le invitaban –en todas las latitudes– de tertulia a cualquier hora y en los lugares más exóticos.

En cuanto al trato con profesores de otras facultades, D. Javier Hervada recuerda con admiración un seminario que impartió Leonardo Polo a los profesores de la Facultad de Derecho en la década de 1960. Se le quedó grabada la perspectiva viva, existencial, que proponía del derecho, asunto que después le sería de utilidad a este profesor para su estudio del derecho natural. Por otro lado, la profesora Natalia López Moratalla advirtió la profundidad de D. Leonardo en un seminario que éste impartió a los profesores de la Facultad de Medicina en la década de de 1980, asunto que supuso para ella una mina para sus futuras indagaciones. En otro ámbito académico, Juan Antonio Pérez López, antiguo profesor del IESE, coincidió con Polo en una residencia cuando ambos impartían un curso en esa institución. Ambos congeniaban en el perfil y planteamientos

acerca de la empresa. Algo similar le sucedió al Profesor Carlos Llano en la Universidad Panamericana de México. En el ámbito teológico, Polo veía sus planteamientos más afines a los del Profesor José Luís Illanes que a los de los otros profesores de la Facultad de Teología. Junto a éstos, hay muchos profesores que siempre han admirado a Leonardo Polo. No obstante, no todos han podido comprender bien su pensamiento, o tal vez disponer de tiempo para tal empresa. Por eso, el influjo de Polo en algunos quizá haya sido menor.

### ***5. Aficiones y 'defectos'***

Durante su juventud Leonardo Polo tuvo afición a los caballos. Durante su madurez, a la piscina. Por eso en los veranos le gustaba ir a sitios calurosos como Sevilla, donde pasaba sus vacaciones, o a la Universidad de Piura (Perú), donde viajó muchos veranos para ayudar. ¿Por qué más a ésta que a otras latinoamericanas? Porque esa tenía más necesidad. Sus vacaciones mejores, sin embargo, fueron las que pasó un verano en Bonga, una pequeña finca costera cercana a Cartagena de Indias, junto al Caribe, donde, además de dar unas cuantas charlas, pudo nadar en un clima cálido. Gustavo Vélez guarda de ahí la siguiente anécdota: “después de un curso que Polo dio a los participantes que quedaron asombrados, un día, bajando él y yo desde la finca hasta el mar por un sendero de tierra, le dije: ‘D. Leonardo, con todo respeto, pienso que después de Aristóteles y Sto. Tomás, viene usted’, ante lo cual, Polo –que era muy humilde– enrojeció, y que tras callarse unos momentos contestó que a él también le parecía así. Tampoco le disgustó a Polo la finca de Torreblanca, una amplia casa de reuniones cercana a Bogotá, pero de clima tropical, donde estuvo dando un curso a los profesores del Inalde (Instituto de Empresa) de la Universidad de La Sabana, que todos recuerdan con admiración.

En su ancianidad le encantaba leer novelas de intriga, sobre todo policiacas, (leyó muchísimas y de muchas series que los amigos le proporcionaban), porque le permitían mantener vigilante su inteligencia. Leía, por lo mismo, libros de estrategia militar, de batallas, etc. Asimismo, ocupaba ratos en hacer ‘sopas de letras’ y juegos de ordenador, así como entablar partidas de ajedrez o de dominó con algunos alumnos que iban a atenderle o visitarle. ¿Una debilidad culinaria? El chocolate. Por eso las profesoras que le visitaban, sobre todo, si venían del extranjero, le solían traer unos bombones. ¿Su defecto dominante? Según él, la pereza. Con todo, antes de su jubilación, le hemos visto entrar a trabajar a la Biblioteca a las 9.00 de la mañana y dejar el despacho a altas horas de la tarde, después de que casi todos los demás

profesores se habían marchado. En cualquier caso, de ser verdadero tal defecto, podemos también estarle agradecidos, pues si hubiese trabajado bastante más y con su profundidad característica, nos costaría demasiado seguirle, entenderle.

Como todo personaje curioso, acostumbraba a tener algunas pequeñas 'manías' –según decía él–. Así, siempre llamó 'Obdulia' a la neurona de la que más se servía para pensar... En sus últimos años solía repetir algunas palabras o expresiones divertidas. Por ejemplo, cuando algún tema, asunto, juego, le parecía interesante decía que eso era muy "astuto". Cuando alguna acción propia o ajena suponía esfuerzo, solía indicar que era algo "heroico". Cuando nos metíamos con él en broma decía: "¡Pobre D. Leonardo!" o "¡Buen chico, D. Leonardo!". Cuando una teoría, opinión, acción etc., no le gustaba, comentaba que era "decadente", etc. Seguramente, estas reiteraciones o 'niñerías' no gustarían a algunas personas en exceso serias, pero suponen un modo desenfadado de ver las cosas cotidianas de la vida, perfectamente compatibles, e incluso buenas, en una persona cuya vida y trabajo profesional era pensar asuntos muy de fondo –"no podía vivir sin pensar" decía de él D. Alfonso Nieto, quien convivió muchos años con él–.

Como a los genios despistados, toda la vida le costó mantener en orden las cosas materiales, los folios, los utensilios de trabajo sobre la mesa, etc. Sin embargo, tenía un enorme orden mental, para poner en su sitio cada tema o hallazgo que descubría. No fue habilidoso con las manos para hacer, por ejemplo, arreglos materiales, pero fue buen orador, buen conferenciante, pues atraía la atención de los públicos más dispares. Eso sí, jamás persiguió ser un ensayista en el sentido de proferir con elocuencia opiniones sin buscar con ahínco el fondo veritativo de las cosas. Le gustaba vivir elegante: siempre con trajes y, sobre todo, con corbatas (que le solían regalar por la festividad de Reyes Magos), hasta que, por ancianidad y pérdida del pulso, tendía a ensuciarlas, y dejó de ponérselas.

## ***6. Aspectos llamativos de su trabajo***

Una cosa que siempre ha llamado la atención a quienes han coincidido con Leonardo Polo, es que él no rebatía a ningún colega filósofo en público, en directo y de modo contundente. Siempre prefirió aunar, sumar, vincular, o al menos callar. Y desde, luego, distinguir –como aconsejaba Tomás de Aquino– entre lo dicho por alguien, de la persona que lo dice. Cuando no estaba de acuerdo con alguna tesis expuesta solía guardar silencio, y cuando no quedaba más remedio que hablar, porque el auditorio pedía su parecer con insistencia o



interés, o lo exigía la defensa de la verdad, no se limitaba a decir que no estaba de acuerdo, sino que fundamentaba paciente y pacíficamente su propuesta en la que, más que una contradicción respecto de la tesis expuesta, descubría nuevos derroteros para solucionar el tema en cuestión.

Tal vez el reproche mayor que haya proferido a un colega sea el que dijo a un profesor con ocasión de un seminario de la Sección de Filosofía, y que éste seguramente no entendió del todo. El hecho fue éste: tras la exposición del tema y autor por parte de un profesor ponente, se procedió –como de costumbre– al turno de sugerencias y observaciones de los demás asistentes. Al final, alguien le preguntó con insistencia a Polo su parecer. Tras ofrecerlo tranquilamente, se notaba que estaba en desacuerdo respecto de las tesis mantenidas por el profesor ponente, entre otras cosas, porque la visión poliana carecía de precedentes en la historia del pensamiento, es decir, no había sido sospechada por parte de los especialistas en el autor y tema discutido. A la vista de este contraste un profesor ‘conciliador’ –‘demócrata’ por así decir–, intentando echar un capote al ponente, discutió la posición de Polo de modo tangencial, más bien evasivo, seguramente por afán de quitar hierro o suavizar el diálogo. D. Leonardo guardó silencio. Como tras el seminario el ‘defensor’ proseguía en sus reproches, ya de vuelta a casa D. Leonardo le dijo una cosa que hirió profundamente a su interlocutor, a saber, que a éste le gustaba más la ‘política’ que la verdad. Por ‘política’ hay que entender, en ese contexto y obviamente, no lo que discuten los gobernantes o líderes recientes de los diversos partidos políticos, sino el intento de conciliar a toda costa, por suponer que todo es opinable, que dentro de lo opinable todas las opiniones valen lo mismo o están el mismo plano, que todo depende de perspectivas, de puntos de mira, que las cosas y los pareceres son, sin más, distintos, pero no unos superiores a otros. En el fondo, que uno no puede alcanzar a conocer verdades sin vuelta de hoja. Sea como fuere, en ese seminario, mientras el ponente rectificó para siempre su punto de mira tras escuchar la tesis de Polo, estándole desde ese momento verdaderamente agradecido, quien hizo de ‘abogado defensor’ todavía guarda un recuerdo punzante del hecho. Sin duda que la intención de éste fue buenísima, pero Polo defendió la verdad por encima del quedar bien.

Otra cosa llamativa es el desprendimiento que Polo tenía de su propia obra. Ya se ha indicado que la inmensa mayoría de sus publicaciones las han sacado a la luz algunos de sus discípulos o colegas. Polo no sabía lo que tenía ni el trabajo que había realizado. Una prueba de ello es que no pocas veces le hemos preguntado si recordaba tal o cual curso que él había impartido en tal o cual año y país, a lo cual respondía siempre que no. Tenía claro –no lo olvidó

jamás— todo lo que había pensado y descubierto, pero no lo que había dicho en un determinado ambiente y circunstancias y ante un público concreto. En sintonía con este desprendimiento, es curioso que nos dejase corregir con toda paz sus propios escritos y grabaciones (quitar repeticiones, poner comas, notas al pié, divisiones en los diversos epígrafes y títulos de encabezamiento a ellos, etc.) sin pedirnos él nunca una última lectura o revisión por su parte antes de la publicación. Estaba asimismo desprendido de su biografía intelectual. Una vez, en los últimos años, se le propuso redactar con ayuda de un asistente sus memorias, a lo que respondió que de ninguna manera estaba dispuesto a ello, entre otras cosas, porque las pocas energías mentales que le quedaban quería dedicarlas a proyectos de futuro (descubrir nuevos asuntos) no gastarla en rememorar sus acontecimientos intelectuales pasados. También esto casa con su antropología, en la que al hombre se le describe, sobre todo, en orden al futuro.

En cuanto a lo ordinario de su vida laboral, no le gustaba tener varios frentes de investigación a la vez. Prefería dedicarse a un solo tema y darle vueltas hasta que, como fruta madura, surgía el descubrimiento. Desde luego que en su filosofía hay evolución, cierto cambio, matizaciones con el paso del tiempo, pero siempre dentro de los parámetros del *método* que descubrió al inicio de su andadura filosófica<sup>[124]</sup>.

### ***7. Algunos detalles de su vida ordinaria***

En cuanto a su vida cotidiana, A Leonardo Polo le gustaba estar con los demás de tertulia y estaba muy atento a lo que los demás decían. Prueba de ello es que recordaba el nombre de las esposas e hijos de sus profesores amigos y siempre que le visitaban preguntaba por ellos. No se caracterizó nunca por ser buen deportista, pero gozó usualmente de buena salud. En los periodos en los que ésta faltaba un poco, tomaba las medicinas que los médicos le prescribían. Dormía muy bien y comía normal. Los últimos años merendaba poco y, en vez de cena, tomaba un vaso de leche con galletas de las más sencillas. Era muy rezador. Le gustaba acompañarse para la oración mental de un libro, y en cuanto a la oración vocal, solía rezar muchas partes del rosario. Se adaptaba al horario de los demás de la casa. Dejaba hacer en su casa —sin decir nada— las múltiples reformas de estructura o decoración que se realizaron, incluso en su sencilla habitación, la cual daba a un oscuro patio interior, en la que pasó muchas décadas de su vida.

Otra cosa llamativa es la cantidad de plata (más algunas piedras preciosas) que compró con el dinero que ganó en sus cursos dados en Perú y en Chile para

enriquecer el oratorio de su residencia. Nunca tuvo problemas en las aduanas por estos asuntos. ¿Supone esto fe? Seguramente.

Pero lo más llamativo de su carácter tal vez sea la paz que contagiaba, de tal manera que si algún día iba a verle algún profesor que pasaba por problemas, inquietudes, preocupaciones, salía, no sólo reconfortado, sino incluso alegre, aunque no hubiesen hablado de tales asuntos. Una vez paso una profesora ecuatoriana a saludarlo. Tras la entrevista, ya en la puerta del ascensor, ésta decía: “con este señor y me quedaría toda la vida”. Esto indica que vivía en primera persona la antropología que enseñaba, con una plena vinculación y confianza en Dios. También por eso, aceptaba mucho a las demás personas sin criticar, pues confiaba enormemente en la misericordia de Dios para con todos.

Otro detalle pequeño que llama la atención es lo atento que estaba al dinero. En efecto, siempre estaba pendiente, hasta de los céntimos, de lo que se le pagaba por su trabajo profesional. Y si se le pagaba más tarde del día previsto, siempre reclamaba. No es que deseara tener dinero para gastarlo, sino que consideraba justo ocuparse de esos pormenores. Por lo demás, estuvo bastante por encima de títulos, reconocimientos y medallas que se le otorgaron. La del doctorado *Honoris causa* de la Universidad de Piura la aprovecho para dejar claro ante las autoridades académicas y los profesores de esta sede cuál debe ser el perfil de una universidad y de un profesor universitario. La medalla de Carlos III, que últimamente le otorgó el Gobierno de Navarra, la aprovechó para agradecer a los profesores y colegas su ayuda. Que estuvo por encima de ese hecho honorífico lo muestran no sólo las fotos del día en las que se le ve despistado... sino también la entrevista de la periodista, que tras la acostumbrada pregunta de cómo se siente usted hoy, Polo contestó: ‘como un cierto filósofo’.

### **8. ¿Un ‘cierto filósofo’ o un filósofo cierto?**

Quienes conocen más de cerca el pensamiento de Polo, han tenido oportunidad de seguirlo durante décadas, y de compararlo con el de otros pensadores centrales de la historia de la filosofía –antiguos y recientes<sup>[125]</sup>–, se dan cuenta de que no están ante un profesor más o menos destacado, ante un comentarista o hermeneuta exitoso de opiniones, un analizador más o menos válido de textos, un orador más o menos reconocido, sino ante uno de los grandes del pensamiento occidental, que la historia –si le hace justicia– acabará reconociendo, aunque seguramente tarde, porque los tiempos de crisis que hoy corren no son los más propicios para centrar en serio la atención en asuntos tan

profundos como los que él ha trabajado y mucho menos, para dejarse la vida por ellos.

Para que la filosofía de Polo sea reconocida, se requiere formar pacientemente en ella durante muchos años a las nuevas generaciones, así como animarlas a que no se limiten a repetir al maestro –como Polo reiteraba–, sino a aprovechar sus descubrimientos para proseguirlos. ¿Qué los que vengan detrás notan que les falta suficiente capacidad, incomparable con la de D. Leonardo? Que no les preocupe demasiado eso, pues un enano a hombros de un gigante ve más que aquél.

Que el panorama ofrece esperanzas es indudable, no sólo porque proliferan los trabajos de investigación, las tesis doctorales, o porque ya existan dos revistas filosóficas<sup>[126]</sup> periódicas sobre diversos puntos del pensamiento de Polo, sino también porque paulatinamente hay más lectores de su obra en los países más diversos del mundo, de momento al menos en América (USA, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina, etc.), Europa (España, Francia, Italia, etc.), África (Kenia, Congo, etc.) y Asia (Japón, Filipinas, etc.). Desde luego, su lectura cuesta más en el ámbito anglosajón, pues la distinción de idioma todavía constituye para muchos una barrera, dado que de entre sus obras, sólo una (*Ética*) ha sido de momento traducida al inglés.

### **9. ¿Escuela poliana?**

Lo indicado más arriba es perfectamente compatible con que carezca de sentido hablar de ‘escuela poliana’. Polo es un pensador en exceso abierto, pues siempre deja los temas aptos para nuevas indagaciones. De modo que sería un grave error sostener que es necesario usar sus palabras o modos de decir, ajustarse a una determinada formalidad, o sea, emplear su filosofía como un asunto cerrado, terminado, fijo, como sería necio prescindir de sus verdades descubiertas. Nada más lejos de la mente de Polo, tan amante de la libertad personal, de cada libertad personal. Si bien se mira, entre los que leen y entienden a Polo lo que en ellos resplandece es la diversidad, no solo obviamente por la personalidad o el carácter personal de cada quien, sino por los temas que cada cual trabaja (teología natural, teoría del conocimiento, ética, física, antropología, metafísica, etc.), el modo de trabajarlos tan dispares en unos y otros, por el modo de ponerlos en correlación con otras filosofías habidas en la historia (aristotelismo, tomismo, idealismo, fenomenología, filosofía analítica, etc.), etc.

Entonces, si no se trata de 'escuela', de punto de vista elegido inicialmente, de opción voluntaria por un modo concreto de hacer, etc., ¿dónde radica el 'secreto' de la metodología propuesta por Polo? *En el conocimiento humano mismo*, el mejor método de que todo y cada hombre dispone. En efecto, el conocer humano está conformado por una serie de niveles cognoscitivos jerárquicamente distintos entre sí, y tenemos la suerte de que Polo ha perfilado buena parte de ellos, algunos de modo pormenorizado. Con todo, podemos seguir indagando en cada uno de ellos para descubrir más su índole. Como tales niveles del conocer humano son como son, es decir, conocen como conocen (de modo axiomático), y no como a alguien le gustaría que conociesen o dejaran de conocer, si se descubre el modo propio de conocer de cada nivel, se advierten los temas propios –en cada nivel distintos– que cada uno de ellos permite conocer, a la par que cualquier propuesta contraria puede ser corregida, no porque sí, o porque lo diga un determinado autor, sino porque podemos advertir de modo claro su insuficiencia o error.

Como se ve, este 'método' no consiste más que en jugar a la verdad sin vuelta de hoja, asunto que, en definitiva, es el alma de la filosofía. ¿Qué no se quiere participar en ese juego porque se 'duda' del conocer humano, porque se 'prefieren' otros modelos más 'subjetivos', de intereses 'voluntarios', de métodos 'pragmáticos', de procedimientos reglados externos 'more cartesiano' a los que haya que sujetarse? Cada quien es libre de proceder como quiera, pero desde luego, si se fija a modelos ajenos a la índole y niveles del conocer humano, no estará necesariamente actuando según su propio modo natural de conocer, sino imponiéndole a éste unas ingerencias que no le son propias sino extrínsecas y que éste no tiene por qué cumplir. Pues bien, lo que en el fondo añade a este modo de conocer natural humano el descubrimiento poliano del método que él llama "abandono del límite mental" es ejercer en mayor medida, y porque libremente se quiere, los niveles superiores del conocer natural humano, pues las distintas dimensiones (cuatro) de ese método poliano son equivalentes al ejercicio de cada uno de los cuatro niveles superiores del conocer humano. Pero la exposición paciente de esas facetas noéticas tan sugerentes (se trata de los *hábitos intelectuales* adquiridos e innatos) la podemos dejar para otro momento.

En suma, ¿cómo ha actuado este personaje en su recorrido filosófico? Con sentido común y con sentido sobrenatural. A inicios de 1980 un chileno le preguntó qué se necesitaba para hacer filosofía. Polo –rememorando las palabras antiguas que significaban las siglas de la academia madrileña 'DYA'– le contesto que "Dios y audacia", es decir, no acostumbrarse a volar humanamente

demasiado en corto y bajo por exigencias de los diversos guiones de las escuelas filosóficas, y tener una confianza plena en Dios, tema que más inspira al filósofo. El consejo es aprovechable. Seguramente es correcto interpretarlo como sigue: ser inconforme con la verdad alcanzada, porque –como decía Polo– “cualquier éxito es prematuro”, y mirar siempre al futuro.

[110] Entre ellos, Ángel Luís González, Ignacio Falgueras, Juan A. García, Juan Arana, Salvador Piá, Juan José Padial, José Ignacio Murillo, Idoya Zorroza, Claudia Vanney, Genara Castillo, Rafael Vives, Manolo Alcazar, Patricia Sambataro, Ana Isabel Moscoso, Gerardo González, Ignacio Marcet, Juan Antonio Corcuera, Miguel Martí, Juan Pablo Martínez, Gonzalo Alonso, Germán Scalzo, Rubén Díez, etc.

[111] GREGORIO TAUMATURGO, *Elogio del maestro cristiano* (Discurso de agradecimiento a Orígenes), Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1990, 102.

[112] *Jn.*, cap. X, vs. 34. Cfr. asimismo: *Sal.*, LXXXI, vs 6.

[113] Leonardo Polo nos contó varias anécdotas personales suyas. Una, que su descubrimiento de su método de hacer filosofía, le vino (“se le ocurrió”) como consecuencia inmediata de aceptar su vocación al Opus Dei. Otra, que cuando conoció por primera vez a San Josemaría Escrivá, éste le dijo: “¡Cómo te conozco!, ¡Cómo te conozco!”. Obviamente no lo había visto antes, pero, ese hecho –como Polo decía– no tiene ningún secreto para un santo. Ahora bien, el que un hombre de Dios clarividente profiera de alguien tal expresión indica, entre otras cosas, que en tal persona existe mucha realidad, mucho sentido personal por conocer, de modo semejante a como Dios conoce poco al que poco es y mucho al que mucho es, y promete que en el Cielo los rescatados conocerán como son conocidos, mientras que a los condenados les declarará: “no os conozco”, *Mt.*, cap. XXV, vs. 12.

[114] “Hoy esta filosofía tendrá que ser antropocéntrica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana. Este fue el proceso de reflexión teológica seguido por el Concilio en la Constitución *Gaudium et Spes*; la correlación entre los problemas hondos y decisivos del hombre, y la luz nueva que irradia sobre ellos la persona y el mensaje de Jesucristo”. JUAN PABLO II, *Discurso a los teólogos españoles*, Salamanca, 1-IX-1982.

[115] En una ocasión Polo decía que en su pensamiento él había intentado poner fundamentos filosóficos para entender mejor la doctrina cristiana predicada por San Josemaría. Obviamente, ello no equivale a decir, que tal espíritu cristiano se condense en el pensamiento poliano o en cualquier otra filosofía, pues no hace suya ninguna, sino que ofrece libertad en las cuestiones que la Iglesia Católica deja a la libre consideración humana, pero denota el empeño de Polo por ser fiel a un espíritu, a la doctrina católica, acercando todo lo posible y poniendo al servicio –como los padres griegos de la Iglesia– toda la capacidad de su razón a la fe.

[116] *Prov.*, cap. XI, vs. 2.

[117] Cfr. POLO, L., *Epistemología, creación y divinidad*, Pamplona, Eunsa, 2014.

[118] A saber, los pertenecientes al s. XIII, desde 1225 a 1275: Alejandro de Hales, San Alberto Magno, Tomás de Aquino, San Buenaventura, y en parte Escoto y Eckhart.

[119] Así Leibniz, Hegel, Brentano, etc.

[120] A saber, los presocráticos, Platón, Aristóteles, San Agustín, Plotino, San Anselmo, San Alberto Magno, Sto. Tomás de Aquino, San Buenaventura, Escoto, Eckhard, Ockham, Descartes, Spinoza, Leibniz, Locke, Hume, Galileo, Newton, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Kierkegaard, Marx,

Comte, Schopenhauer, Nietzsche, Dilthey, Bergson, Husserl, Heidegger, Wittgenstein, Freud, Scheler, Jaspers, Hartmann, Marcel, etc.

[121] Cuando le ayudábamos en tal tipo de escritos, si le advertíamos que podría asencillar el contenido de algún trabajo o pasaje del mismo, o incluso dar alguna clave explicativa en nota al pie, algunas veces accedía a la demanda, pero otras en las que el trabajo no podía perder rigor solía responder humorísticamente: “¡No escribo para pollinos!”, lo cual en sus labios no significaba un insulto, sino algo así como un ‘no rebajemos la dignidad del lector, el cual tiene suficientes entendederas para hacerse cargo de lo escrito, aunque esto se le presente en breve, insinuadamente, pues ‘a buen entendedor, po...’” comentaba.

[122] Polo contaba que un día estaban un grupo de estudiantes universitarios y otros viendo una película de cine comercial con el Fundador del Opus Dei en la sede central de esta Prelatura en Roma. Coincidió que San Josemaría ocupaba la fila de delante de Polo. En un momento determinado de la proyección –decía Polo– el Padre se volvió y me dijo: “Lo que estás pensando: ¡escríbelo!”.

[123] En efecto, algunos han equiparado la filosofía de Polo a las actitudes cartesiana y kantiana, que más que la verdad, buscan la certeza subjetiva, cuando es manifiesto que Polo las corrige (pormenorizadamente y no una sola vez). Otros, la asimilan al idealismo hegeliano, por el afán de sistema –según dicen–, cuando la obra poliana es tan amante de lo sistémico como opuesta a lo sistemático, sencillamente porque el sistema cierra el saber e impide su prosecución al establecer la última palabra que cierra el sistema, y para Polo es precisamente esa última voz la que condensa el error, porque el saber siempre es incrementable, prosequible. Otros, porque no ven que sea ‘textualmente’ tomista, aunque Polo retoma los grandes descubrimientos del de Aquino y los prosigue, y no poco, si bien con lenguaje más actual. Algunos, porque ven demasiada cercanía entre su modo de redacción y la de Heidegger, aunque Polo soluciona las aporías que ofrece ese modo de decir así como esa y otras existenciales antropologías problemáticas. Otros más recientes lo incluyen dentro del ‘personalismo’, cuando Polo escribe explícitamente en su obra cumbre: “señalaré que hoy en algunos ambientes se cultiva el personalismo. El tema de la persona no carece de defensores. Conviene decir que no trato de rechazar ni de rectificar esos planteamientos, sino tan sólo de marcar una distancia con ellos. Por ejemplo, cuando se dice que el ‘yo’ sin el ‘tú’ es imposible, se acude a observaciones que la experiencia cotidiana puede justificar, pero que están marcadas por un tinte emotivo muy fuerte. En cambio, el método que propongo es intelectual, y los aspectos emocionales se dejan a un lado, o se tienen en cuenta para justificarlos desde un punto de vista teórico. No es que los planteamientos personalistas sean desacertados, sino, más bien, que su desarrollo es filosóficamente débil”. *Antropología trascendental*, I, 28.

[124] A este método Polo lo llamaba “abandono del límite mental”, lo cual significa que se puede conocer de otro modo superior al modo ordinario de conocer que ejerce todo hombre (también, por tanto, los filósofos), es decir, ese conocer que –derivado de la abstracción– forma ‘objetos pesados’ (no se trata de cosas reales, sino de ideas) que son presentados por los actos de conocer que los presentan. Ese conocer que forma tales ‘objetos pensados’, los cuales son puramente intencionales o remitentes respecto de lo real, es muy válido y correcto, e imprescindible para la vida ordinaria, pero lo que viene a enseñar Polo es que no es ni el único modo intelectual de conocer ni, desde luego el superior, y que cabe la posibilidad de superarlo de diversos modos. Si ese modo cognoscitivo fuera el único, no podríamos conocer tal como son las cosas que nos sensibles (los propios actos de conocer, los de querer, las facultades inmateriales, la intimidad humana, Dios, etc.), porque de esas realidades, obviamente, no se puede abstraer. No es el momento de explicar las diversas facetas de ese método noético poliano. Baste con indicar que de un modo u otro ha sido notado por los grandes pensadores de la filosofía, aunque no ejercido metódicamente por ellos, y que Polo le ha dotado de progresivo rendimiento a lo largo de su producción.

[125] Ya se ha indicado que con los pensadores antiguos Polo guarda relación, sobre todo, con Aristóteles; también con San Agustín y Sto. Tomás. Con los recientes, con el Scheler del periodo católico, con Nédoncelle, con Guardini, Ratzinger, etc.

[126] Una de ellas, *Studia Poliana*, se publica en papel; otra, *Miscelanea Poliana*, en red; una tercera, *Estudios Filosóficos Polianos*, también en red.